

la guarda, y de dirigir la atención a la existencia de Satanás como un ser personal malo.

Este fascículo, primorosamente impreso, se acompaña de una tabla de abreviaturas y siglas utilizadas que facilitan mucho la lectura, y de abundante bibliografía, en la que destaca la presencia de la literatura anglosajona —especialmente americana— quizá poco conocida por la teología que se edifica en el Mediterráneo. La traducción es excelente.

J. I. SARANYANA

Josef PIEPER, *Filosofía medieval y mundo moderno*, Eds. Rialp, Madrid 1973, 406 pp. y una tabla cronológica.

Ediciones Rialp presenta en un solo volumen preparado por Ramón Cercós, dos estudios de Pieper, publicados en alemán en 1960 y 1958. El primero de los trabajos se titula "Escolástica. Figuras y problemas de la Filosofía medieval" (pp. 17-202), y el segundo, "Introducción a Santo Tomás de Aquino. Doce lecciones" (pp. 265-391). Siguen el índice alfabético y el índice general.

*Escolástica* es un esfuerzo de síntesis, de carácter ensayístico, por penetrar en el alma de la Edad Media. Desde la primera página se reconoce al humanista que ha meditado largamente sobre el "espíritu de la filosofía medieval" (como diríamos parafraseando a Gilson). El arranque de la narración es desconcertante, porque al pretender *datar* el comienzo de la "media Edad", nos sitúa de entrada ante la cuestión fundamental que preocupó, tanto a los ilustrados (para expresar su repugnancia), como a los románticos (para ensimismarse en su ensoñación y añoranza): ¿qué es la Edad Media?, ¿dónde radica su "personalidad"? ¿cuándo acaba, si es que culminó ya? El juego erudito de ideas y palabras, en torno al sentido del año 525 después de Cristo, le ofrece a Pieper la solución de tales interrogantes: el Medievo nace cuando se traslada "el punto de mira desde Atenas, en la Academia platónica, al monasterio benedictino (Montecasino) en la ruta de las invasiones bárbaras" (p. 22). La Escolástica es, pues, un largo itinerario de asimilación del mundo antiguo, un ingente esfuerzo

por incorporar el legado histórico, que realizan los pueblos jóvenes germanos en una casa que no es la suya. Por ello, la Edad Media terminará cuando finalice esa tarea, y su decadencia estribará en no reconocer como caduco tal modo de proceder al que estaba acostumbrada; justo en el momento en que ya no se justifique primariamente la apropiación de conocimientos anteriores.

En el estadio intermedio entre la antigüedad clásico-cristiana y la nueva edad que alborea, en tierra de nadie —lo que fue la causa de su temprana perdición—, se halla *Anicius Manlius Boethius*. ¡Qué bellas páginas las de Pieper dedicadas a enaltecer esa humilde pero capital labor de la *translatio*! Pero mejores y más sugestivos todavía los párrafos en que el A. absuelve de irreligiosidad a Boecio, que al morir acudió a la filosofía, y no a la fe, en busca de consuelo. “Nadie puede prever la última prueba” (p. 40). Ante el gran misterio, incluso después de escribir un libro tan altamente espiritual como el suyo sobre la Trinidad, entre la vida y la muerte, ¿se encontraría ese romano estremecidamente arrojado a una interpretación de la existencia en la que permanecería mudo el más profundo consuelo del misterio cristiano? “Esta es una eterna pregunta humana que cada día puede surgir en el camino de cualquiera” (p. 39).

Boecio con su *fidem, si poteris, rationemque conjunge* abrirá una nueva época, señalando una de las notas que pertenecen a lo diferencial de la Escolástica. “El hombre que se podría designar como el último escolástico, si no hubiera que encasillarlo ya en otra época posterior, Guillermo de Ockham, va a mantener esta tesis: la fe es una cosa y el conocimiento científico otra; una concordancia entre ambas no tendría sentido ni sería deseable tampoco” (p. 46).

Pieper estudia después a Casiodoro; el correctivo místico al incipiente racionalismo medieval, que fue la traducción latina de Dionisio Aeropagita; y a San Anselmo, ilustre discípulo de Lancfranco, con su célebre *argumento*, que sigue hasta Karl Barth (1931) y Stolz (1933). La exposición de la *Historia Calamitatum* es, de nuevo, el aspecto humano de aquel desconcertante y altivo Abelardo. Para quien conozca los estudios de Gilson, el tema sonará a cosa acabada. Pero Pieper ha sabido una vez más captar el interés del lector, ahora con un ingenioso cotejo de encabezamientos. Abelardo: “A Eloisa, su querida hermana en Cristo, Abelardo, su hermano en Cris-

to" o "A la esposa de Cristo, el siervo de Cristo". Por la otra parte: "A su absoluto señor, su rendida sierva" o "A mi señor, mejor, a mi padre; a mi esposo, mejor, mi hermano; su señora, mejor, su hija; su esposa, mejor, su hermana; a Abelardo, Eloisa". (¿Quién podrá sustraerse al atractivo de estas dos figuras?). Siguen después Bernardo de Claraval, Juan de Salisbury, Hugo de San Víctor, Pedro Lombardo, San Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino, Duns Escoto, etc., etc. Para terminar su ensayo con un capítulo dedicado a la "actualidad de la Edad Media": "Nadie que intente hoy colaborar en la superación de esta interminable tarea (la concordancia de *fides* y *ratio*) puede dispensarse de considerar el exigente y multiforme paradigma de la Filosofía Medieval. Pero tendrá que dar a las cuestiones planteadas no la respuesta medieval, sino su propia respuesta" (p. 195).

\* \* \*

La segunda parte, dedicada a Santo Tomás, es como el lienzo en el marco, en palabras del traductor (con ello insiste en que es preciso conocer antes la época, si se quiere comprender al personaje). Su origen se remonta a doce lecciones universitarias para estudiantes de todas las Facultades. No contiene apenas referencias a fuentes documentales, y se inspira mucho en Chenu, Gilson y van Steenberghe, como el A. reconoce en la "Observación previa". Pretende ser, y bien que lo consigue, unos trazos que destaquen la fisonomía intelectual que caracteriza al Angélico como el Doctor Universal de la cristiandad.

El lector de una historia filosófica del siglo XIII —sin duda uno de los más apasionantes de todos los tiempos— tiene derecho a ser informado de que la obra de Santo Domingo (y también, aunque no haga al caso, la de San Francisco) tiene nacimiento sobrenatural (da igual si Providencia ordinaria o extraordinaria). Por ello no nos parece justo insistir, ni mucho ni poco, en las raíces cátaras (¡sic!) de las órdenes mendicantes, por muy atrayente que pueda resultar tal idea a determinados sectores universitarios (pp. 230 ss.); ni consideramos prudente cargar tanto las tintas sobre los "prontos" de Domingo de Guzmán, "aterrado" por el proceder de los legados pontificios en tierras de albigenses (pp. 217, 234 y 239-240); ni ignorar el esfuerzo cultural de los cluniacenses, también en

el estudio, como ha recordado magníficamente Jean Leclercq (p. 235); ni volver con esos tonos tan dramáticos sobre la Inquisición, resaltando una supuesta infidelidad de los dominicos de segunda generación al espíritu dialogante fundacional (pp. 242 ss.), justificada incluso doctrinalmente en algunas obras del Aquinatense (pp. 245-246). Junto a ello descubrimos algunas inexactitudes históricas: Miguel Escoto traduce a Averroes sobre todo en Toledo, antes de 1220, y no en Nápoles después de 1230 (p. 248); y además —y en esto nos parece que depende demasiado de Chenu— estimamos que Pieper no ha entendido todo el alcance de las medidas disciplinares y doctrinales de la Jerarquía eclesiástica (desde 1210), que no condenó nunca a Aristóteles *in recto*, sino sólo la filosofía presuntamente atribuida al Estagirita y que de hecho era obra de Alejandro de Afrodisia, Avicena y Averroes. Es más; Gregorio IX ordenó expresamente que algunos hombres doctos expurgaran de todo error y mixtificación el legado aristotélico, encargo que recayó también más tarde sobre Santo Tomás. Por último, dudamos de que la fecha de composición de la *Summa contra gentiles* sea la aportada por el A. (hacia 1259/60), y pensamos que debe retrasarse a su última estancia en Nápoles. En cambio, el análisis del complicado “asunto” de 1270 y 1277 nos parece bien desarrollado, muy cerca de la exposición de van Steenberghen.

Con la salvedad de las anteriores precisiones, este ensayo sobre la fisonomía humana y doctrinal del Angélico es magnífico, y debe ser considerado ya —a nuestro entender— como una de las obras clásicas en su género (junto a Grabmann, Chenu, Gilson, Chesterton, Ramírez, Fabro, y otros). Son particularmente destacables las dos últimas lecciones, en las que aborda el nada fácil tema de la “filosofía cristiana”, en lo que coincide, de la mano de Santo Tomás, con las conclusiones de Gilson. Una de las tesis capitales del A. es que, sin fe, no se puede hacer Teología, ni siquiera metódicamente.

La traducción es excelente. La impresión, sin errores tipográficos, es grata, aunque se eche en falta un tipo de letra mayor. En resumen: una obra que merece ser leída y discutida, y que despertará simpatía y respeto por ese gigante del Medievo que fue Santo Tomás, Doctor Común de la Iglesia Católica.

J. I. SARANYANA